

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LIV

MADRID, 8 DE AGOSTO DE 1920

NUM. 19.192

LA MATANZA DE LOS ZÁNGANOS



VIVIAN mis primas en el fondo del valle; su casa estaba situada en una meseta de la colina, a trescientos pasos del camino. Por detrás se alzaba un gran bosque de castaños y robles; por delante descendía una hermosa huerta bien provista de frutales, y después una vasta pomarada cuya cerca de piedra servía de linde al camino.

¡Pobres chicas! La Providencia las había dotado de un rostro nada halagüeño y de una madre menos halagüeña aún. Era terrible aquella doña Teresa, fuerte como un gañán, y áspera, hasta cuando acariciaba, como la lengua de una vaca. Y, sin embargo, ¿qué hubiera sido de ellas si aquella madre no fuese tan hombruna y enérgica? Su difunto padre, uno de los propietarios más ricos de la comarca, las había dejado casi por completo arruinadas. Primero jugando y derrochando en la capital; después, en los últimos años de su vida, degradándose hasta pasar las noches en las tabernas, vendió cuanto tenía menos la posesión donde habitaban y que tenía por nombre la *Rebollada*.

Quedó doña Teresa con sus tres hijas: Griselda, Erundina y Berenice, todas tres pasando de los veinte años, y con un chico, Teófilo, que no contaba aun los quince. No se arredró la vieja. ¡A trabajar, a trabajar! Se trabajó duro, se trabajó como jumentos; pero se comió, se vistió y se pagaron algunas deudas. La posesión daba bastante para alimentarlos, y se hacía algún dinero enviando a la criada con fruta al mercado de los jueves, con queso y con manteca. Para esto último era necesario que tomasen la leche descremada, llamada en aquella región *leche fría*. La madre daba el ejemplo; no se dio el caso, durante algunos años, de que bebiesen la leche con toda su manteca, ni aun hallándose enfermas. Sólo tenían una criada a su servicio, una moza fuerte y paciente como una mula, que cuidaba las vacas, traía el agua, la leña, era cocinera, doncella y mozo de labranza. Las faenas agrícolas de importancia, como la siega, la recolección de las castañas y, sobre todo, la fabricación de la sidra venían a ejecutarlas gratuitamente los vecinos. Doña Teresa les facilitaba un bálsamo de su confección para las heridas y quemaduras, agua curativa para los ojos, les envia-

ba tortas de miel en la Nochebuena y monas en la Pascua; les recomendaba, cuando les hacía falta, al alcalde y al escribano. Por estos pequeños favores y también por el respeto y cariño que siempre habían inspirado en la comarca los señores de la Rebollada, todos se creían obligados a acudir cuando doña Teresa los llamaba.

Vinieron buenos años de sidra, buenos años de avellana, y doña Teresa no sólo se desembarazó de deudas, sino que empezó a economizar dinero, que guardaba en los agujeros del desván o enterraba en el establo y en otros sitios aun más inaccesibles y fantásticos. Las niñas se aproximaban a los treinta, y no parecía una mano masculina que se tendiera para demandar la suya. Con un labrador no podían casarse, porque aunque ellas lo fuesen también de hecho, no lo eran de derecho. Para un caballero, aunque fuese de menor cuantía, no ofrecían atractivos; ni eran ricas ni eran bellas, ni poseían una educación esmerada. Además, aquellos nombres ¡eran tan ridículos! Su padre, que había sido tan aficionado a las novelas románticas como a las francachelas, logró pónerselos valiéndose de la impotencia de su esposa. La viril doña Teresa le decía desde la cama con voz quejumbrosa:

—Mira, Perico, te prohibo que pongas a la niña un nombre de novela. Quiero que se llame Juana, como mi hermana.

Sonreía don Pedro traicionadamente, y cuando delante de la pila bautismal el cura le preguntaba qué nombre se debía poner a la criatura, respondía:

—Erundina, póngale usted Erundina.

Doña Teresa rugía entre las sábanas cuando se le daba la noticia. El nombre astronómico de Berenice, particularmente, le produjo tal sofocación que en todo el curso de su vida no pudo pronunciarlo sin rechinar un poco los dientes.

Hacia el fin de ella comenzó a producirle algunos disgustos la conducta de su hijo menor, Teófilo. Era éste un muchacho espigado y robusto, más holgazán aún que su padre, pero menos inteligente. Le envió su madre al Seminario con el piadoso deseo de que fuese sacerdote y amparase a sus hermanas. De allí fué arrojado por su mala conducta y falta de aplicación. Pretendió que no estudiaba por carecer de vocación para el sacerdocio, y, haciendo un esfuerzo heroico, la diligente madre le envió a la Universidad para que fuese



abogado. Idéntico resultado. En el primer curso logró engañarla falsificando la nota de aprobación; pero en el segundo se descubrió la trampa. Doña Teresa cogió el palo de la escoba y le molió las costillas de tal manera, que en algunos días no pudo levantarse de la cama. Después, a trabajar el terruño como un siervo de la gleba.

Las faenas agrícolas no arrancaron, sin embargo, a Teófilo por completo el sello de su nacimiento señorial. Aunque durante la semana se distinguiese muy poco por su indumentaria del resto de los labradores, cuando llegaba el domingo se ponía, para ir a misa, camisa almidonada con cuello alto, corbata de seda, un traje de americana color canela y sombrero hongo. Además se había dejado para adorno de la cara unas patillas largas y sedosas que contribuían, en gran manera, a separarle de los paisanos, todos humildemente rasurados. Se le llamaba don Teófilo, y como estaba privado de los placeres dispendiosos, porque su madre no le daba más que un par de pesetas los domingos, se entregó, en cuerpo y alma, al amor. Penetró en las enramadas, sorprendió los caseríos, traspasó los cerros, ocupó el llano, y en todas partes dejó como un torbellino de fuego, señales aciagas de su paso.

Doña Teresa sonreía cuando le venían a noticiar algún resultado favorable de sus empresas galantes. Pero cuando le hicieron saber, por medio de algunas cartitas, que Teófilo había contraído deudas en las tabernas del concejo, no se dibujó sonrisa alguna en su rostro severo. Antes comenzó a rodar sus ojos de un modo siniestro, lanzó algunas imprecaciones temerosas y, empujando el consabido mango de la escoba, lo puso inmediatamente en contacto con la piel del voluptuoso mancebo.

Pero he aquí que un día el buen Teófilo, escurriendo por casualidad en el establo, tropezó con un bote de hoja de lata, y en él guardadas algunas monedas de oro. Hay que dejar bien sentado que fué por casualidad, a fin de que los futuros cronistas de aquella región no caigan en el lamentable error en que cayó la familia y todo el vecindario, afirmando que el buen Teófilo no escarbó en aquel sitio casualmente, sino buscando el precioso bote.

De todos modos, no se creyó en el caso de comunicar con su familia el descubrimiento. Acaso haya padecido un error en este punto; pero no hay que reprochárselo demasiado, porque todos estamos sujetos a equivocarnos en este mundo. Lo que no ofrece duda es que hizo mal en convidar a sus amigos en las tabernas, dando en pago, con cierta ostentación, monedas de oro. Porque no se pasaron muchas horas sin que llegase la especie a los oídos de doña Teresa. Subió ésta como una flecha al desván, inspeccionó sus tesoros y los halló intactos; bajó a la huerta, escarbó debajo del montón de la leña, y pudo cerciorarse de que allí tampoco había andado nadie; levantó después uno de los ladrillos del horno, y el mismo satisfactorio resultado. Pero se le ocurre ir al establo, cava debajo del pesebre, y...

Justamente en aquel instante penetraba en el establo nuestro Teófilo silbando dulcemente, descuidado y alegre como un mirlo. Doña Teresa saltó sobre él como un pantera. Pocos segundos después, una de las rubias, sedosas patillas del mancebo había desaparecido de su rostro. Convertida en asqueroso puñado de pelos, tremolaba siniestra en la mano derecha de su madre. A los gritos de la víctima y a los rugidos de la fiera acudieron la bucólica Griselda y la astronómica Berenice, que, secundadas por un vecino que a la sazón cruzaba, lograron, aunque a duras penas, que Teófilo no sufriese la extirpación de

su otra patilla, pues su madre mostraba vivo interés en realizar esta obra de simetría. ¿Por qué esforzarse tanto en impedirlo? ¿No la afeitó inmediatamente el mismo interesado?

Fué la última operación quirúrgica llevada a cabo por la respetable viuda. Aquella misma tarde sufrió un ataque de apoplejía, y unos días después se extinguía en los brazos de sus hijas.



Lo mismo en vida de su madre que después de fallecida, solía hacer alguna visita a mis primas durante el verano. Generalmente eran dos: una cuando llegaba a aquel mi valle natal en el mes de julio, y otra en septiembre, cuando regresaba a la capital. Por impulso adquirido, tal vez por la fuerza del hábito, que tiene más fuerza en los espíritus limitados, o, lo que es aun más probable, porque lo llevasen en la sangre, mis tres primas eran otras tantas doña Teresa pocos años después de fallecida ésta. No la imitaban, ciertamente, en la energía; pero la igualaban y aun la superaban en avaricia.

Me acuerdo que uno de los últimos días de septiembre monté a caballo por la tarde y me dirigí a la Rebollada, que distaba de mi casa poco más de una legua. Griselda, Erundina y Berenice me acogieron como siempre, con dulces sonrisas y palabras cariñosas. Hasta, si mal no recuerdo, una de ellas me abrazó y me besó en la frente. Debí de ser Griselda, la más vieja y la más fea, porque siempre tuve la misma fortuna con las damas. Pero no pasó de ahí; esto es, nadie me ofreció otra cosa, ni un vaso de vino, ni un poco de mermelada. Ya lo sabía, y por eso cuando iba a visitar a mis primas de la Rebollada llevaba, como hombre prevenido, una onza de chocolate en el bolsillo.

Después de los primeros momentos de expansión vinieron lamentaciones sin cuento, amargas reflexiones, suspiros, gemidos, furiosas exclamaciones de cólera y de dolor. El gran Teófilo, una vez libre y sin aprensión por la integridad de sus patillas, pasaba una vida dulce y regalada como la de un canónigo. No es mía la comparación, sino de Berenice. Yo la hice observar que los canónigos estaban obligados a guardar las horas canónicas y ciertas abstinencias, canónicas también, a las cuales no se sujetaba su hermano. Convinieron todas conmigo, y me hicieron saber que desde la muerte de su madre no había tocado en un instrumento de labranza ni se cuidaba apenas del ganado. Había tomado su parte de dinero, del dinero escondido por doña Teresa, había comprado un jaco y andaba de feria en feria, sin parecer a veces en quince días por casa. Lo que no me dijeron fué que, gracias a Teófilo, pudieron hallar este dinero, y que, sin su habilidad de zahorí para adivinar los agujeros, hubieran perdido más de la mitad. Pero no habían parado ahí las cosas, sino que, después de derrochado todo este dinero, les había vendido su parte de la posesión, y se la gastó alegremente también, y después de gastada siguió comiendo y durmiendo en la casa de sus hermanas, como si nunca hubiera dejado de ser la suya. Tampoco habían parado aquí las cosas, y esto es lo que hacía estremecer las entrañas de las tres vírgenes, sino que Teófilo había descubierto ya varios agujeros donde guardaban el fruto de sus economías, y se los había dejado limpios. No hacía aun quince días que las había sustraído dos mil reales en monedas de cinco duros. Mis primas lloraban a hilo mientras narraban este último crimen de un modo tan desesperado, que, si no fuera porque me acometieron ganas de reír, me hubiera echado también a llorar, seguramente.

Por último, Teófilo había profanado

de otro modo el santuario del hogar. Aquella criada mixta de dama de compañía y mozo de labranza que ellas guardaban hacía años como preciado tesoro de su casa, fué corrompida por él, y a la hora presente se hallaba encinta. Como yo la veía por allí desempeñando sus tareas tranquilamente, pregunté sorprendido:

—¿Y cómo no la habéis despedido ya?

Las vi un poco confusas para responder, y deduje que la avaricia había vencido a la delicadeza. Por el corto salario que la daban no hallarían otra moza tan fuerte y trabajadora.

Cuando me hubieron calmado un poco salimos a la huerta y me mostraron la gran riqueza de legumbres y frutas que allí había. En verdad que en pocas partes había visto tierra tan feraz y bien cultivada. Griselda me ofreció dos grandes peras...; pero de las que se hallaban caídas en el suelo. Bajamos a la pomarada, donde había manzana aquel año para llenar cincuenta pipas. Una verdadera riqueza, pues cada pipa valía diez duros. A la vista de tan espléndida cosecha se serenó la fisonomía de mis primas y comenzaron a mostrarse joviales. Me llevaron, por fin, al sitio de las colmenas. Recogían de ellas todos los años más de doscientas libras de miel y bastante cera, que vendían a los cereros de la capital.

Nos acercamos con alguna precaución y estuvimos un rato entretenidos mirando. Mis primas, aunque apicultoras, sabían poco acerca de la vida de las abejas. Yo, que siempre sentí afición hacia estas maravillosos insectos, les fui dando a conocer algunos de sus secretos: cómo se constituían su ciudad, cómo se distribuían el trabajo entre ellas, cómo se entienden entre sí por medio de su lenguaje, que eternamente será para nosotros un secreto. Gracias a él, no sólo se comunican lo necesario para realizar sus complicadas operaciones, sino que también se participan las noticias favorables y adversas, la pérdida de la madre, la entrada de una reina intrusa o de un enemigo, el descubrimiento de un tesoro, esto es, de algunas nuevas flores o de algún tarro de miel. Pero la maravilla de las maravillas es la producción de la cera. La miel se transforma en material de construcción por un misterioso procedimiento químico que se realiza en el cuerpo de estos animalitos. Son las abejas más jóvenes las que proporcionan la cera. Cuando llega el instante de construir su fábrica, éstas escalan las paredes del tronco nuevo del árbol donde generalmente edifican, otras las siguen y se sujetan por las patas, formando largas columnas, o guirnaldas, y así permanecen inmóviles horas y horas, hasta que por un misterio admirable empiezan a sudar esa materia blanca que se llama cera. Con ella construyen rápidamente su gran falansterio, cuyas celdas tienen, invariablemente, una forma hexagonal. Hay cuatro clases de celdas: las celdas reales, las grandes celdas, destinadas a la cría de los machos y para almacenar las provisiones cuando abundan las flores; las celdas pequeñas, que sirven de cuna a las obreras y de almácenos ordinarios, y las celdas de transición, que sirven para enlazar las grandes a las pequeñas.

Mis primas me escuchan con interés, y no se hartan de hacerme preguntas. Cuando llegamos a la tragedia que anualmente se representa en aquellos pequeños mundos, a la matanza de los zánganos, les expliqué cómo después de la fecundación de las reinas, la presencia de los machos en la colmena no sólo es inútil, sino muy perjudicial, porque, sin trabajar, devoran las provisiones, interrumpen los trabajos, ensucian las celdas, obstruyen el paso y se conducen de un modo grosero e intolerable. Las abejas los toleran todavía algún

tiempo; mas perdiendo al cabo la paciencia, un día circula entre ellas la orden, sin saber quién la da, y se preparan a hacer sangrienta justicia. Una parte del enjambre no sale aquella mañana al trabajo. Son los verdugos. Mientras los pobres zánganos duermen tranquilos, se prepara silenciosamente su ruina. Al despertarse se encuentran rodeados cada uno de tres o cuatro de sus enfurecidas hermanas, que friamente los despedazan, les cortan las alas, les atraviesan el vientre con sus dardos venenosos, les amputan las antenas y los dejan en un estado tan lamentable, que a cualquiera movería a piedad. Pero aquellas crueles obreras no la sienten; los persiguen por todas partes, y cuando, heridos y maltrechos, un grupo de ellos se refugia en algún rincón, lo bloquean y le hacen morir de hambre. Muchos de ellos consiguen escapar; se lanzan al campo; pero cuando a la caída de la tarde, acosados por el frío y el hambre, tratan de ganar su casa, se encuentran con la puerta cerrada, son rechazados por las inflexibles centinelas, y perecen aquella noche implorando en vano abrigo y alimento.

—¿Sabéis una cosa?—les dije cuando terminé mi relato—. Si vosotras fueseis abejas en vez de ser mujeres, ya habríais matado a vuestro hermano Teófilo.

Las tres soltaron una carcajada.

—¡Qué ocurrencia! ¡Es de veras gracioso! ¡Siempre serás el mismo, Angell!

Y reían mis primas con tanta gana como si las hubiera leído el capítulo más chistoso del *Quijote*. Todavía después que volvieron a casa, y pasado largo rato, recordaban mis palabras y se renovaban las carcajadas.



Aquel invierno supe que la criada de mis primas había dado a luz un niño en la misma casa, y que aquéllas habían guardado a la madre y al hijo, en vez de ponerlos en la calle. El sujeto de la Rebollada que me dió la noticia añadió que a la hora presente se hallaban tan entusiasmadas con el chiquillo, que eran para él otras tantas madres. Me alegré por la inocente criatura y por ellas también. Al fin tenía un sentido su existencia. El instinto de la maternidad, tan vivo en todas las mujeres, hallaría satisfacción y las haría felices.

Pero he aquí que pocos meses después me dieron otra noticia mucho más desagradable: la del fallecimiento de mi primo. El buen Teófilo había muerto repentinamente. Una noche había cenado en perfecto estado de salud y se había acostado. Poco después se sintió indispuesto, llamó a la campanilla, acudieron en su auxilio, se le prodigaron algunos remedios caseros, se expidió un propio a caballo en busca del médico y se llamó al cura. Este llegó a tiempo para darle la obsolescencia; pero cuando llegó el médico ya hacía una hora que había fallecido el enfermo.

Cuando supe la noticia acudieron a mi memoria las últimas palabras que les había dirigido, y de pronto nació en mi mente una sospecha terrible. Esta sospecha me causó impresión tan profunda y tal repugnancia, que no pude escribirlos dándoles el pésame.

Al mes siguiente, que era el de junio, fui a Suiza, y sólo pude pasar unos días del mes de octubre en mi valle natal, que aproveché para hacer una visita a la Rebollada. Cierta remordimiento me atenazaba desde hacía algún tiempo el espíritu. No podía desear de él las palabras que por burla había pronunciado el año anterior. ¿Quién sabe si tal burla habría sido causa ocasional de un crimen? Traté de salir de dudas, poniendo para ello en práctica los medios que me parecieron más conducentes.

Hallé a mis primas enlutadas; pero

nada tristes. Me recibieron jovialmente; acto continuo, se pusieron a narrarme las gracias increíbles de Periquillo, que así se llamaba el niño de la criada y de su difunto hermano. Pude convencerme en seguida de que aquella criatura de pocos meses les tenía sorbido el seso. No se hartaban de ponderar su robustez, su blancura, su dulce mirada, su voracidad, su picardía, su ático humorismo.

—Verás, Angel—me decía la astronómica Berenice, con ojos brillantes de alegría—. Por la mañana temprano, cuando su madre va al molino, me deja a Periquillo. A veces tarda más de una hora, y el chiquillo tiene hambre. Empieza a llorar, y yo, para callarle, le pa-

—¿Habéis matado ya a los zánganos? Las tres se pusieron pálidas, y en el primer momento no acertaron a contestar. Al cabo, Griselda, la más vieja, respondió con sonrisa forzada:

—¿Qué pregunta! ¡Los habrán matado ellas!

—Eso quise decir. Vosotras no sois abejas, sino mujeres. Los procedimientos desalmados quedan para los seres que no tienen alma. Porque estos insectos, tan previsores, tan inteligentes en la apariencia, tan maravillosos en sus costumbres, carecen de alma, y porque carecen de alma, carecen de moralidad. En esas colmenas que tenéis delante reina la fatalidad; lo que hoy hacen esos

son las apariencias de aquello que sólo tiene realidad, los peñales oscuros de una escalera que conduce a la luz. El mundo se ha hecho para el espíritu, y el espíritu se ha hecho para el amor... Esas abejas que ahí veis, tan previsoras, tan inteligentes, no aman, y porque no aman, no viven en la realidad, sino en la apariencia. Nunca me han inspirado admiración. Las estudio con curiosidad, como estudio las combinaciones de los cuerpos elementales de la química; pero no las admiro. Reservo mi admiración para los seres libres, que son los únicos que viven realmente; porque para mí sólo existe una cosa real y digna de respeto en este mundo: la caridad... Figu-

rio, figuraos que hay en mi casa o fuera de ella una persona que me estorba, que me perjudica en mis intereses y atenta a mi bienestar. Me decido a hacerla desaparecer de este mundo, y una noche, cobarde y alevosamente, la asesino por medio del puñal o del veneno. Pues aunque en aquel instante una voz del cielo me gritase: «¡Has hecho bien!», yo estoy seguro de que esa voz me sonaría como la voz del demonio; que no volvería a disfrutar una hora de tranquilidad en esta vida; que la imagen de mi víctima se alzaría constantemente delante de mí como un espectro aterrador; que el sueño huiría de mis párpados y la alegría de mi alma, y que, al cabo, para sus-



—Varela de Seijas—

seo y le meto mi lengua en la boquita, que chupa como si fuese el pecho de su madre. Pero al cabo se convence de que no puede sacar nada, y llora mucho más fuerte. Pero hoy, cuando fui a hacer la misma operación, levantó hacia mí sus ojitos sonrientes como diciendo: «¡Ya estoy al tanto de la burla!»

Griselda y Erundina rieron con el mismo placer que ella, y se hicieron lenguas del prodigioso talento del aquel chiquillo.

Salimos, como siempre que las visitaba, a la huerta, recorrimos la pomaracha, y después me encaminé resueltamente al sitio de las colmenas. Nos acercamos a ellas, y noté que mis primas se pusieron repentinamente serias. Guardé largo rato silencio, en actitud de observar la entrada y salida de las obreras, y de pronto, volviéndome hacia mis primas, y clavando en ellas una mirada penetrante, les pregunté bruscamente:

insectos lo han hecho hace diez mil años, y lo harían exactamente igual dentro de otros diez mil, si el hombre, único ser libre en la creación, no interviniera modificando con destreza sus costumbres y señalando nuevas direcciones a su actividad. Las abejas no recuerdan el pasado, no se representan el porvenir; sus movimientos todos están regulados por las fuerzas inconscientes de la materia. Si observáseis con un microscopio la formación de un cristal dentro de cualquier líquido que se cuaja, advertiríais cómo acuden de un lado y de otro las partículas, con qué inteligencia se combinan, cómo aceptan todo aquello que puede servirles para la construcción de su prodigioso artefacto, cómo rechazan todo lo que les estorba. En el cristal existe algo que nos parece inteligencia, como en la abeja. Pero el cristal, la abeja, los animales todos no son más que los heraldos del espíritu,

raos por un momento que al salir de vuestra casa, y caminando para la mía, a la orilla del río, veo que un hombre cae en él y que la corriente lo arrebató y está a punto de ahogarse. Salto del caballo, me arrojo a socorrerlo, y con riesgo inminente de mi vida, después de luchar desesperadamente con la corriente, logro salvarlo. Y figuraos que en aquel momento oigo una voz en lo alto del cielo que me grita: «¡Has hecho mal!» Yo respondería inmediatamente, sin vacilar, a esa voz: «¡He hecho bien!» Y aunque viera después que la tierra temblaba, que los árboles se desgajaban, que las piedras rodaban de las montañas para aplastarme, y que delante de mí se abrían bocas de fuego para tragarme, yo seguiría diciendo obstinadamente: «¡He hecho bien!», y, después de muerto y pulverizado, todavía mis cenizas seguirían gritando: «¡He hecho bien, he hecho bien!» Por el contra-

traerme a tan atroces tormentos, quizá acercarse a mi sien el cañón de una pistola a fin de caer de una vez y para siempre en el Infierno.

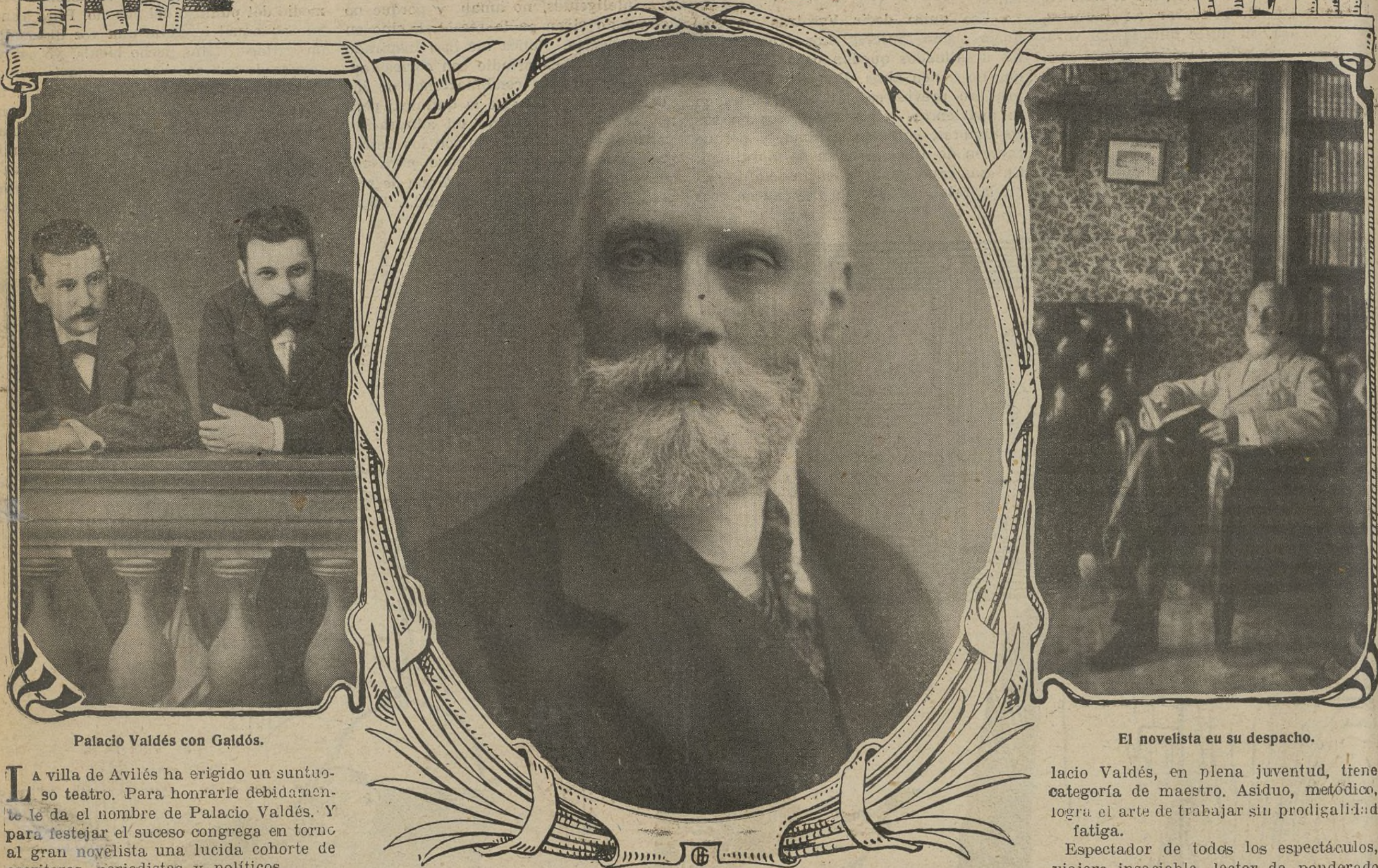
A medida que iba hablando observé que mis primas se ponían cada vez más pálidas. Cuando llegué a estas últimas palabras Berenice, la menor de las hermanas, se llevó la mano al pecho y cayó al suelo privada de sentido. Acudimos a socorrerla, la transportamos a la cama, le rociamos las sienes con agua fría, le hicimos oler un frasco de esencia aromática, y a los pocos minutos logramos que recobrase el conocimiento. Yo aproveché la ocasión para montar de nuevo a caballo y trasladarme a mi casa. Jamás volví a parecer por la Rebollada.

Armando PALACIO VALDES

De la Real Academia Española.

Ilustraciones de Varela de Seijas

Palacio Valdés, o La pulcritud



Palacio Valdés con Galdós.

El novelista en su despacho.

La villa de Avilés ha erigido un suntuoso teatro. Para honrarle debidamente le da el nombre de Palacio Valdés. Y para festejar el suceso congrega en torno al gran novelista una lucida cohorte de escritores, periodistas y políticos.

Muerto Galdós, la obra de Palacio Valdés—por calidad, por cantidad, por fama, por linaje—no tiene par en nuestros escritores contemporáneos.

Palacio Valdés, en su estilo y en su persona, es la pulcritud. Una pulcritud literaria y personal, que no excluye al hombre sanguíneo ni al escritor apasionado. Que no es la corrección, flemática e impasible de los ojos y de la pluma. Que es, sencillamente, limpieza en la persona y en los libros. Ninguno de los de Palacio Valdés, ni los que, como «El cuarto poder», fueron tan briosamente combatidos; ni los que, como «La hermana San Sulpicio», continúan siendo alabados, oculta un remiendo, una mancha, una arruga. Nada hay inconfesable en tan vasta y apasionada obra, como nada morboso en tan dilatada, saludable vida. Leer la obras de Palacio Valdés es como estarlo viendo a él mismo. Verle es como leer sus obras. Su linaje intelectual es tan limpio como sus ojos claros y sus barbas de finas hebras de plata. Su estilo, como sus modales, tiene distinción natural.

Es el escritor más traducido y más copiosamente. Cuando «Le Temps», por ejemplo, dió un folletín, «Misericordia», de Galdós, ya Palacio Valdés era muy leído en traducciones francesas quince años antes. Cuando otro escritor insigne, José de Armas, hizo en el «New York Herald» la presentación al público yanqui de nuestros poetas, novelistas y dramaturgos, ya Palacio Valdés corría, traducido, en Yanguilandia. Cuando Te deschi dió a conocer en Roma ciertas obras de los Quintero, el insigne creador de «La hermana San Sulpicio» llevaba traducido al italiano años y años.

Y ahora, cuando un libro sobre la guerra—«Los cuatro jinetes del Apocalip-

sis»—da a Blasco Ibáñez boga universal, es justo recordar que Palacio Valdés hizo universal ha quince años nuestra literatura contemporánea.

Sin embargo, la pulcritud social y literaria de esta figura insigne ha esquivado el bullicio con simpática persistencia. Tan noble cualidad impide el tráfico ensoberbecido y plebeyo del reclamo. Ha sido y es el español más traducido y estimado; pero nunca llevó su fama a las trompetas ni su estruendo al «dombó».

Sin tiara ni cónclave ha pontificado con una sencillez apostólica. Su piso de la calle de Lista tiene la filosófica dignidad y el bienestar burgués de Emerson o de Anatole France. Es un observador tranquilo, a quien daña todo bulgor y aturde cualquiera solemnidad.

Por eso en esta fiesta que le consagra hay algo de conmovedor. Palacio Valdés, en el teatro de su nombre, rodeado de comisiones, de levitas, de cánticos y de discursos, no es el enfático escritor o el infatuado político que exhibe puerilmente una vanidad provinciana, sino la gloria nacional que patriarcalmente ofrenda lauros a su aldea. El abuelo que en fiesta familiar sonríe a los suyos y hasta es capaz de corear entre sus nietos la trova antigua:

¡Ay!, un galán de esta villa,
¡ay!, un galán de esta casa,
¡ay!, que por aquí venía,
¡ay!, que por aquí pasaba...

Desde su llegada a Madrid en el último tercio del pasado siglo, Palacio Valdés, casi un niño, escribe artículos de periódico. Su primer libro es «Semblanzas literarias», y ya la mocedad sutil se revela, irónica y combatiente, en «Los ora-

dores del Ateneo», «Los novelistas españoles» y «Nuevo viaje al Parnaso». Es una crítica recién llegada de Rivadeneira; pero ya con visión moderna, con flexibilidad elegante.

La timidez de su carácter, que al despertar la juventud le decoró de cierta gravedad simpática, fué probablemente la Musa del novelista. Mientras la «dorada juventud» de bohemia, clubs y aventura alborotaba con «la cuerda granadina», en los bufos y en el circo de Paúl y con los «fratemasones» en las Juntas revolucionarias, Palacio Valdés, recogido en la biblioteca del Ateneo, escribía «El señorito Octavio».

No recuerdo otro libro que, por las circunstancias de ingenuidad estudiantil y ansias de amor en que lo devoré, me haya impresionado tan hondamente.

La escena en que el muchacho, al volver a sus aulas de Madrid, se decide, en descargo de su conciencia, a romper con su confiada novia, es cruelmente inolvidable.

El estudiante tiembla antes de producir a la muchacha una desilusión tan enorme. Están todos en torno a la camilla jugando a la lotería casera. De repente se cae una bola. El estudiante alza el tapete y ve que una mano de su novia estrecha la de un joven contertulio.

Recuerdo que al llegar aquí tiré el libro y salí a la calle. Me ahogaba. Nunca perdonaré al maestro la saludable, pero implacable, operación quirúrgica.

Después de «El señorito Octavio», que asombró al público y a la crítica, el escritor, seguro, enérgico, asciende hasta las cumbres de «Marta y María», feliz y suntuosa parafrasis evangélica. Ya Pa-

lacio Valdés, en plena juventud, tiene categoría de maestro. Asiduo, metódico, logra el arte de trabajar sin prodigalidad fatiga.

Espectador de todos los espectáculos, viajero insaciable, lector de ponderado gusto, abre las puertas de su alma a todos los hijos pródigos y escruta, con sus claros ojos azules, el claustro de «La hermana San Sulpicio», los salones suntuosos de «La espuma», las aristocracias provincianas de «El maestrante», las ternuras de «El capitán Ribot», los paisajes de «La aldea perdida».

Después, ya en nuestros días, reposa. Una lenta y suave evolución espiritual se va operando en este hombre insigne. La madurez, que torna blancas sus barbas rubias, pone también alburas en el desazonado corazón. Tras un silencio de años, aparece «Tristán, o El pesimismo», revelándonos una crisis espiritual que gime y solloza como un novicio o como una galante arrepentida. Esta novela inicia el período teológico-filosófico con cierta inesperada desproporción entre la robustez ideológica y la cada vez más envidiable sencillez de estilo.

Siempre atento a la realidad, advierte que «Tristán», católico, no catequiza al «Cándido» volteriano. Y esa pulcritud, que es, al mismo tiempo, en Palacio Valdés doctrina y conducta, le salva de «la vía smarrita», conduciéndole nuevamente a sus llanos caminos de amenidad.

Entonces, reintegrado a sus dominios naturales, publica sucesivamente «Papeles del doctor Angélico» y «Juventud del doctor Angélico», deliciosas «Memorias» semiautobiográficas, que tienen el viril desnudo y la ufana y pomposa amenidad de una resurrección espléndida.

Saludemos la ejemplar vida de esta dignidad literaria, jamás contaminada de adulación, y que, sin arrogancias, con naturalidad, de prócer bondadoso, decora la novela patria con un blasón de Pulcritud...

Cristóbal DE CASTRO

LA PRIMERA SALIDA DE NAPOLEÓN EL CHICO



NAPOLEÓN era un chico de diez meses a quien habían puesto ese nombre por lo batallador, y le llamaban, además de Napoleón, el Chico, para diferenciarle del otro, del grande, que era Napoleón, el fotógrafo.

Era batallador de nacimiento; pero al oírse llamar Napoleón quedó más convencido todavía de que había venido a este mundo para conquistarlo por las malas, y se enredaba a pelear con cuanto topaba a su alcance. Napoleón había observado que todos los cachivaches de la tierra chillan en cuanto se les da un tirón de alguna parte o en cuanto se les aprieta en algún lado. Por eso él, que era guerrero, se pasaba la vida entre tirones por aquí y apretujones por allá. Cuando apretaba la pera del timbre, rugía el timbre; cuando tiraba de los bigotes a su papá, rugía su papá, y Napoleón, en su elemento.

Un día Napoleón pudo, al fin, apoderarse de un animal rarísimo que estaba siempre encima del aparador de su casa y que le llamaba la atención más que todo. «Sifón» le decían al bicho aquel; era un animalucho parecido al pingüino, con un pico redondo—trompa más bien—, cabecita redonda y muy pequeña y una sola oreja, del mismo tamaño que el pico, que le salía de la nuca. El cuerpo era de cristal, y gracias a eso se le veía el tubo digestivo que, partiendo del cuello, le bajaba hasta el pie, pasándole por enmedio del cuerpo.

Napoleón se apoderó un día del sifón y comenzó a zaramearle, esperando que el pájaro gritaría como un loco; pero el pájaro no chistó. Como al chico le pedía el cuerpo guerra, aporreó al pájaro contra el entarimado y le achuchó en el pico, sin que el pájaro replicara; pero le apretó la oreja, y entonces, sin chillar ni moverse, soltó por la trompa un chorro de agua tan fenomenal que, entrampillando a Napoleón por la barriga, le disparó a los aires lo mismo que si fuera la piedra de una catapulta, y le hizo salir por el balcón, cruzar la calle como un proyectil y caer en el tejado de la casa de enfrente.

Napoleón, el Chico, acababa de entrar en el mundo. Primera entrada y, a la vez, primera salida; salida de su casa; entrada en el mundo de las peripecias.

Y no pocas.

En cuanto se vió en libertad Napoleón comenzó a explorar el terreno; encontró abierta una claraboya de cristales, que pertenecía al estudio de un fotógrafo, y, sin más que dejarse escurrir por ella, se coló dentro del estudio, cayendo en el sofá, donde se quedó sentado.

El fotógrafo, que de pronto se encon-

tró un crío en el sofá sin que nadie hubiese abierto la puerta, hizo subir a la portera, le soltó el mamoncote y se fué.

Pero al bajar, Napoleón se escapó de entre los brazos de la mujer y, dejándose

y se fueron al Retiro, uno encima y otro debajo del colchón, comenzó Napoleón a empujar hacia arriba hasta que tiró por la borda del coche al dueño de él, y se quedó Napoleón en lugar suyo.



resbalar por el pasamanos de la escalera, se plantó en el piso bajo antes de que la portera decidiese si desmayarse o no.

Al pie mismo de la escalera había un coche de niño esperando a su dueño para sacarlo de paseo; Napoleón se metió allí, escondiéndose debajo de la colchoneta, y cuando llegó el bebé del coche,

Dueño del campo ya, estuvo acechando el modo de evadirse, y al pasar el zapato de una motocicleta junto a él, se dejó caer dentro sin que se enterara la niñera, engolfada como estaba charlando con otras niñeras de su pueblo.

Allá fué nuestro buen Napoleón, acurrucado en el fondo del zueco, y sin que el amo de la «moto» lo notara, hasta que

llegaron a un hotel precioso de la Prosperidad. En el jardín estaba esperando al motorista una señora, su mujer, que salió a recibirle contentísima. Estaba tan contenta porque todo se le volvía pedir a Dios un niño, y una gitana le acababa de decir que lo tendría en seguida.

Ya lo creo; no había acabado de decirlo cuando asomó la cabeza Napoleón por los bordes del side-car. Ella, al verle—¡cualquiera entiende a las mujeres!—, se puso hecha una furia, y, cogiendo a Napoleón por el cogote, lo echó al jardín de al lado, por encima de la tapia. Cayó en un montón de estiércol y, al salir de allí, se encontró en medio de un sendero un monstruo horrible. Una oruga enorme parecía, o quizá una sanguijuela, porque era toda negra; una oruga un millón de veces mayor que todas las orugas y tan gruesa como el mismo Napoleón, con dientes de dragón, todos en hilera, y lo menos diez ojos. Oruga, sanguijuela o dragón, era lo mismo; en cuanto Napoleón se encontró frente al monstruo se lanzó al combate.

¡Qué horror!... El rugido que dió la oruga fué lo que se dice aterrador. Parecía mentira que un gusano, por muy gigantesco que fuese, pudiera rugir como un león; no, más que un león, mucho más que un león.

Resonó tanto, que salió de la casa un caballero, gritando alarmadísimo:

—¡El acordeón!... ¿Quién anda con el acordeón?

El amo del acordeón era el fotógrafo del estudio donde se había metido Napoleón dos horas antes; un pobre hombre que vivía tranquilamente en un hotel de la Prosperidad con su familia, y al encontrarse otra vez con el mismo demonio de chico creyó en duendes. La portera del estudio llegó en estas para decir, anarmadísima, que el chico había desaparecido y no había manera de encontrarlo... Al verlo allí, para qué pintar la escena...

Al otro día leyeron un anuncio en los periódicos: «Se ha extraviado niño de diez meses, entrecejo fruncido, mechón en medio de la frente, mal genio; se gratificará a quien lo devuelva.»

El fotógrafo lo devolvió más que de prisa; le gratificaron muy bien y vendió muchas docenas de retratos del chico, que se hizo popular porque todos los periódicos tuvieron que contar lo ocurrido.

Esta es la historia que unos conocen con el nombre de «Napoleón en la Prosperidad», y otros con el de «Primera salida de Napoleón, el Chico».

Manuel ABRIL

Dibujos de Hermúa.



Huérfano

BASTA decir su nombre genérico para que acudan a la mente cuantas palabras expresan desamparo, compasión, merme dulzura, y cristalicen en una gema de piedad turbia y amarga como lágrima de un dolor acendrado durante largos años. «Un huérfano»—se piensa—; y todo además se suaviza, toda voz busca inflexiones blandas... ¿Por qué, pues, nuestro miedo a mandar pasar al que hoy espera nuestro permiso para presentarse? Es que presentimos sonrisas irónicas ante su aire desgarrado y desnudo de gracia; que temamos ver cambiarse el rictus en anchura y desconcertadora risa en cuanto digamos que este huérfano tiene treinta años.

Y no es justo, no es justo... Por tener esa edad está más desvalido aún. Vivía filialmente junto a una ancianita que, con la terrible tiranía de los viejos, impuso siempre a su existencia un ritmo valetudinario. Ni sus músculos, ni su energía, ni su voluntad, ni siquiera sus sueños, participaron jamás del elástico impetu juvenil. No fué un ser libre ante las tentaciones y contra los obstáculos de la vida: fué hijo; el cordón umbilical del espíritu sólo ha podido cortarlo la Muerte, y por eso merece ahora en plenitud, para su alma y para su cuerpo anacrónico, el apelativo de huérfano...

La dulce inferioridad del huérfano radica en su desarraigo brusco de las potencias tutelares, en su falta de fuerza y de astucia, en su ignorancia de los riesgos del mundo. Y ¿qué sabe este hombre niño de asechanzas y hechizos hostiles? Está usado ya, antes de estrenar su vida libre. Vivió hasta aquí en parásito, en satélite. La sombra materna limitó sus caminos. Madrugaba y se recogía muy temprano; ganaba un sueldecito; se acostumbró a temer a las corrientes que nada podían hacer a sus pulmones, incapaces ya de resistirlas. Y hace poco, cuando dejó bajo tierra el cuerpo que lo llevó unos meses dentro de sí y muchos años junto a sí, se halló de súbito solo en el mundo, sin saber pensar, sin haber conjugado nunca el verbo *atreverse*, atónito ante todas las distancias y todas las posibilidades, privado hasta de esa paradójica arma de los débiles, que se llama el derecho a la compasión.

Junto a él, el más tierno vástago caído de un árbol humano es ubérrimo en dones. El más pobre, el que únicamente tenía una madre anémica y la perdió al nacer, es más rico, porque posee la protección o la tregua otorgada por el apetito del mal a las presas aun no bien nutridas; y por si esto fuera poco, tiene, además, el tiempo. Para el huérfano que os hizo hace poco reír, casi la vida íntegra es ya pasado, y sólo ve en el porvenir días oscuros, sin aclimatación posible. Carecerá hasta el fin de esa fragilidad de los niños cuyo hechizo parece disculparles de no ser fuertes; carecerá del escaso volumen que permite al infante insinuarse en los momentos de peligro sin llamar casi la atención.

Huérfano es en el trágico sentido de la palabra. Por no tener, no tiene ni la inconsciencia divina, ni el olvido, ni la esperanza. La maternidad fué su vampiro, y mientras medraba su cuerpo le sorbió la sangre de la juventud, las ideas audaces, los ímpetus, los fuegos del amor. Jamás ha dado un beso muy deseado, jamás ha disputado un cariño, nunca lo envidiaron ni lo calumniaron. Si lo alaban alguna vez, será con despojos de elogios. El bien que caiga sobre él será cual mendrugo arrojado al can que no ha de morder nunca.

¡Ah! ¿Véis como ya le tenéis compasión? ¿Cuánto han tardado vuestros ojos en

percibir, dentro de esta funda de hombre, el alma inexorablemente desvalida! Tenedle piedad, porque jamás conocisteis ninguno que tanto merezca el apelativo donde los fieros egoísmos se detienen. Los huérfanos niños pasarán por la orfandad, como por un puente, hacia

el porvenir; habrán sido huérfanos, mas luego serán hombres; en tanto que este buen hijo que hoy estrena un mundo demasiado vasto y crujidor para su atónita debilidad, será huérfano siempre, siempre.

A. HERNÁNDEZ CATÁ

La bailarina española

FUÉ en una guarida inconfesable, donde, inesperadamente, todo el brujesco y fatal encanto de las andaluzas danzas nos encalentró el espíritu.

La mujer era alta, delgada y morena. En su cuerpo de nieta de árabes, la sensualidad hervía. Detrás de ella cantaba una vieja, con la voz rota y bronca; pero con mucho estilo.

Ar que me estorbe quererte
en tu caye mataré;
si ar salí ves una crus
no pregunte por quién é.

Tenía la mujer morena de los ademanes aéreos, de las torsiones violentas, impalpable y quimérica vaguedad. Su línea se alzaba rígida, hierática; se rompía violenta; se doblaba y parecía como si enviara pedazos de sí misma a los ángulos sombríos y enigmáticos. Quedaba de pronto inmóvil, rendida, sin aliento casi, escuchándose el ritmo rápido de su taconeo, y de pronto, daba un salto agudo y repentino para ser como la fau- nesa enloquecida por las canciones fálicas y órficas; la impúdica sacerdotisa de las brasmanías o de la indostánica Saktypondja.

Muertesita la encontré,
como la vi tan bonita
la carita la tapé...

Al conjuro de la copla y de la danza pasaba la Andalucía trágica, que asesina por amor y del amor se envenena. Andalucía de los cementerios blanqueados por la luna; de los hombres que lloran sobre la novia que mataron; de las mujeres que agonizan y aun sienten en su carne la ansiedad sexual y en sus labios agrietados por la fiebre arde más que ésta el recuerdo de los besos amados. Andalucía que sangra de facas y se desangra en los cuernos de los toros y se muere de hambre a la sombra de los cortijos. Andalucía que tiene blancuras de biznagas y de sepulturas, sollozos broncos del bordón de la guitarra, fúnebres dobles de campanas y ayes que no se sabe si son de muerte o de placer en la noche desvanecida por el perfume de los jazmines.

Pero en un descanso de la bailarina, un amigo se levantó.

—¿Vámonos?

Y como la fiesta fué organizada para

él, que por primera vez venía a España, nos marchamos.

—¿Le ha gustado?

Antes de contestarme, habló de lo que no sugería precisamente la danza española de la mujer morena: de la Paulowa y de Karsavina, de la Cerutti y de la Preowajenska; de miss Ruth y de Mata Hari; de Rita Sachetti y de Regina Badet.

Yo sonreía de estos modernos snobismos coreográficos que ahora son el rampi- ñón literario de los artistas y escritores españoles. Al final de su disertación de diccionario enciclopédico, iluminada con decadentismos de Lorrain, de Wilde y de Samain, exclamó, encogiéndose de hombros:

—En fin; ¡eso que hemos visto bailar son bailes de pandereta!

Me indigné. ¡Bailes de pandereta, los polos, soleares y tangos; los fandanguillos, vitos, olés de la Curra, sevillanas, panaderos y malagueñas!

No. Los bailes falsos, de pandereta, las absurdas caricaturas de andalucismo, son esos falsos garrotines, farrucas y bulerías que transforman a las mujeres en payasos; los valse bailados al son de las castañuelas, y tocadas las mujeres con mantilla blanca; los trajes de falda de madroños y bolero con azabaches. De pandereta, los peinados bajos ensangrentados de claveles para bailar los cu- plés de «El relicario», «El gitanillo», y «La tarara»; de pandereta, el envolverse el cuerpo en un pañolón chineco y co- ger las castañuelas para bailar cancio- nes de corno, aunque entre ellas figure una tan emotiva, tan melancólica y seño- ril como la de *La Reina Mercedes*.

Danzas de pandereta, todas estas que ahora deleitan a los jovencuelos más o menos intelectuales en los salones de va- rietés, y que nada deben a las otras genuinamente, característicamente anda- luzas, refugiadas en las guaridas inconfesables, en los antros ínfimos, como una mujer hermosa, que en otro tiempo fue- ra cortesana festejada de reyes y canta- da por artistas, y que ahora se oculta para aguardar la muerte, libertadora de su miseria, de su abandono y de su en- viejecimiento.

José FRANCES

Rosas de otoño

I

Mádamme tu retrato... Aquellos ojos en éxtasis, que guardan, como lagos, de los ocasos los vislumbres rojos y de las noches los luars magos.

Mádamme tu retrato... La caricia de tu cara de almendra, tu cabello de puro negro azul, y el dulce cuello que inicia de inclinarse la delicia...

Mádamme aquel retrato que en el fondo tiene un jardín... Tiene el jardín soñado para poner mi mano en tu cintura...

y perdernos al lejos, en lo hondo de un beso—como nunca se ha besado—, por la senda sin fin de la ternura.

II

Por ti, Georgina, que vivir es pena publicar he, si de tus ojos tanto el éxtasis perdura y brota el llanto como se filtra el agua entre la arena.

Pienso que piensa tu melancolía que es tarde ya esta tarde a las pasiones... y que ante nuestros yertos corazones la aljaba del Amor está vacía...

¡Pues miente del crepúsculo la estrella si la noche te anuncia... La mañana es, la mañana, despeñada y bella,

la que ahora surge y se desborda y mana, nueva, riente... y el Amor, con ella, del arco tenso y de la venda grana!

Manuel MACHADO

Reposo

AQUEL hombre jamás conoció la ventu- ra. Vástago único de una familia ri- ca, quedó sin padres antes de que en su memoria se grabaran los primeros besos; así, pudiendo haber sido el niño feliz de la dorada infancia, fué el huérfano som- brío entregado por un tutor negligente a las «nurses» crueles, primero; más tar- de a los colegios fríos con su doctrina- rismo rutinario y pesimista, con sus jue- gos sometidos a reglas, con la severidad y falta de amor del internado.

Declarado mayor de edad, el colegial entró en posesión de una fortuna, que le hizo pasar bruscamente de la prisión al desenfreno, a la tutela mercenaria a los mercenarios amores, a los amistades que se conquistan con mercedes. Nació para ser el noble muchacho de genero- sas ambiciones, de puros ensueños de amor, y fué el disipado «clubman», car- ne de crápula y engaño.

Se arruinó pronto, encontrándose a los treinta años pobre, enfermo, solo, totalmente agotado, sin otra verdad que la de su juventud deshecha; sin recuer- dos, sin finalidad, ni pasado, ni presen- te, ni esperanzas: decrepito de cuerpo y de alma. Entonces recurrió a su carre- ra; hizo oposiciones, intentando en vano ser juez, notario, registrador... No sabía, no podía estudiar; estaba débil, se rendía al esfuerzo intelectual, herido en la me- dula durante su vida de placer. Además, no se avenía con la escasez a que se ha- bía reducido para poder vivir de lo poco que salvara de su ruina. Estaba triste, desencantado, melancólico.

«..... Mayor dolor no existe que recordar el tiempo venturoso en la miseria.....»

que cantó el divino latino. Ahora, el «tempo felice» era para él la época pasa- da en el paraíso artificial de la perenne orgía. ¡Entonces, al menos, tenía dine- ro! Toda su felicidad—pensaba—la hu- biese podido construir sobre los cimien- tos de su antigua riqueza, ahora que sa- bía que fueron mentidos el amor y la amistad de antaño. Recuperando su for- tuna reharía su juventud, vencería sus enfermedades, se formaría una doble cultura física y moralmente, de que ca- recía; viajando gustaría el placer supre- mo de saber y refinaría su alma ante los dos maestros verdaderos: la Naturaleza y el Arte. Y sobre todo, sería dichoso jun- to a la mujer de quien se hallaba ena- morado. Bien es verdad que junto a ella, él hubiera sido venturoso en cualquier sitio, con todo y sin nada; le habría bas- tado para serlo que ella le hubiese que- rido.

Pero a aquel hombre los dioses le ha- bían negado de antemano toda posibili- dad de alegría. Su amor no encontraba en el ser amado sino una implacable indiferencia. El desventurado, cuando se convenció de ello, cayó en la sima pro- funda y cenagosa de la desolación irre- soluta como un Atlante que se hunde al peso insoportable de un mundo de dólo- res. Y era tanta su desdicha, que, siendo para él la vida una enojosa carga, por no tener, ni valor tenía para deshacerse de ella.

Aún arrastró así dos años más, dejan- do entre las uñas usurarias el mezzquino resto de su perdida heredad, fracasando en todas las empresas que acometía, su- friendo los terribles amagos de su mal incurable, que resolvía sus crisis fre- cuentes en epilépticas convulsiones o en largos intermedios de catalepsia; deba- tiendo su corazón, como un bajel des- mantelado en desesperadas insistencias, contra la roca incommovible del despre-

cio en que la mujer querida se había encastillado.

Un día, el Destino destruyó el ceño con que hasta entonces había presidido la existencia de aquel hombre; y de una vez, brutalmente, vertió sobre él la crátera bien colmada de la felicidad. En una misma mañana llegaron a su pobre bohardilla la carta en que se le rendía, por fin y plenamente, la amada desdeñosa y la notificación de la última voluntad de un remoto y olvidado pariente que le instituía heredero universal de fabulosos bienes, conquistados allende los mares durante interminables años de trabajo.

El golpe fué decisivo. El infortunado venturoso, al recibirlo, sufrió una violenta agravación en su enfermedad y murió a las pocas horas. Al menos, tal creyó el médico que certificó su defunción, aquella tarde de su tránsito desde este valle de lágrimas al cielo de los bienaventurados que sufrieron.

Llorando largamente, con intermitencias de acongojados suspiros, despertó de su sueño cataleptico. Abrió los ojos, recobrado ya, pero nada vió; se hallaba en la obscuridad más completa, tendido sobre una tabla dura, empapado en hu-

medad, quebrantados los huesos como después de una paliza.

En una ráfaga pasó por su cerebro, adormecido todavía, la idea de encontrarse enterrado vivo. Quiso cerciorarse de ello e intentó con un brazo, pesadamente, trazar un círculo alrededor de su cabeza. La mano tropezó en las tablas que le confinaban para siempre. Estaba encerrado en un ataúd. Entonces recordó vagamente la noticia de la inesperada herencia y la nueva del amor aquel del que ya había desesperado; recordó también la radiante alegría momentánea que la felicidad le había producido...; pero no llegaba a creer en la realidad de estos gratos recuerdos, porque por encima de ellos se alzaban mucho más intensamente en su memoria otras evocaciones, tan amargas que aquéllas se esfumaban en la región de los anhelos imposibles. ¿Acababa de liberarse de una vida sombría, o le habían arrancado del mundo a punto de ser, por fin, dichoso? ¡No, no! No quería engañarse. ¡Dolor, dolor, dolor! Esta era la única verdad. Y afirmándose en ella, se horrorizaba pensando en la posibilidad de que su muerte no fuese sino un sueño. Por si lo era, quiso, con fuerte voluntad, como hay que querer todas las cosas grandes, continuar soñando que había muerto. Se arrebujó en la sábana de su mortaja y se durmió... definitivamente.

Juan GONZALEZ OLMEDILLA

LECTURAS

El ilustre escritor americano R. Blanco-Fombona, ha juntado en un voluminoso libro titulado *Dramas mínimos*, varios de los más bellos e interesantes cuentos brotados de su pluma.

La obra, por su interés, su variedad y su admirable estilo, acrecerá la fama que en el difícil género tiene lograda hace ya mucho tiempo el notable publicista.

El exquisito e inquieto poeta Juan José Domenchina ha publicado dos primorosos y breves volúmenes. En uno de ellos, titulado *Del poema eterno*, se contiene lo más selecto y bello de sus rimas, y el otro es una reimpresión de su admirable obra *Las interrogaciones del silencio*, aparecida hace dos años en edición privada, y cuya extraña sugestión sorpren-

derá y deleitará al gran público, como antes a un reducido círculo de amigos del autor.

La Biblioteca «Renacimiento» ha tenido el acierto de dar nuevamente a la estampa (y, por cierto, editada primorosamente) la hermosa novela de Amós de Escalante *Ave, maris Stella*.

La obra lleva un extenso y admirable prólogo en que dejó grabado el sello de su talento ingente el glorioso Menéndez y Pelayo.

Le véritable Clemenceau se titula un reciente y extenso libro en que Ernesto Judet hace un detenidísimo y concienzudo estudio de la historia y la personalidad del viejo Tigre, y que, seguramente, suscitará muy vivos y apasionados comentarios.

Está editado por la Casa Ferd. Wyss, de Berna.

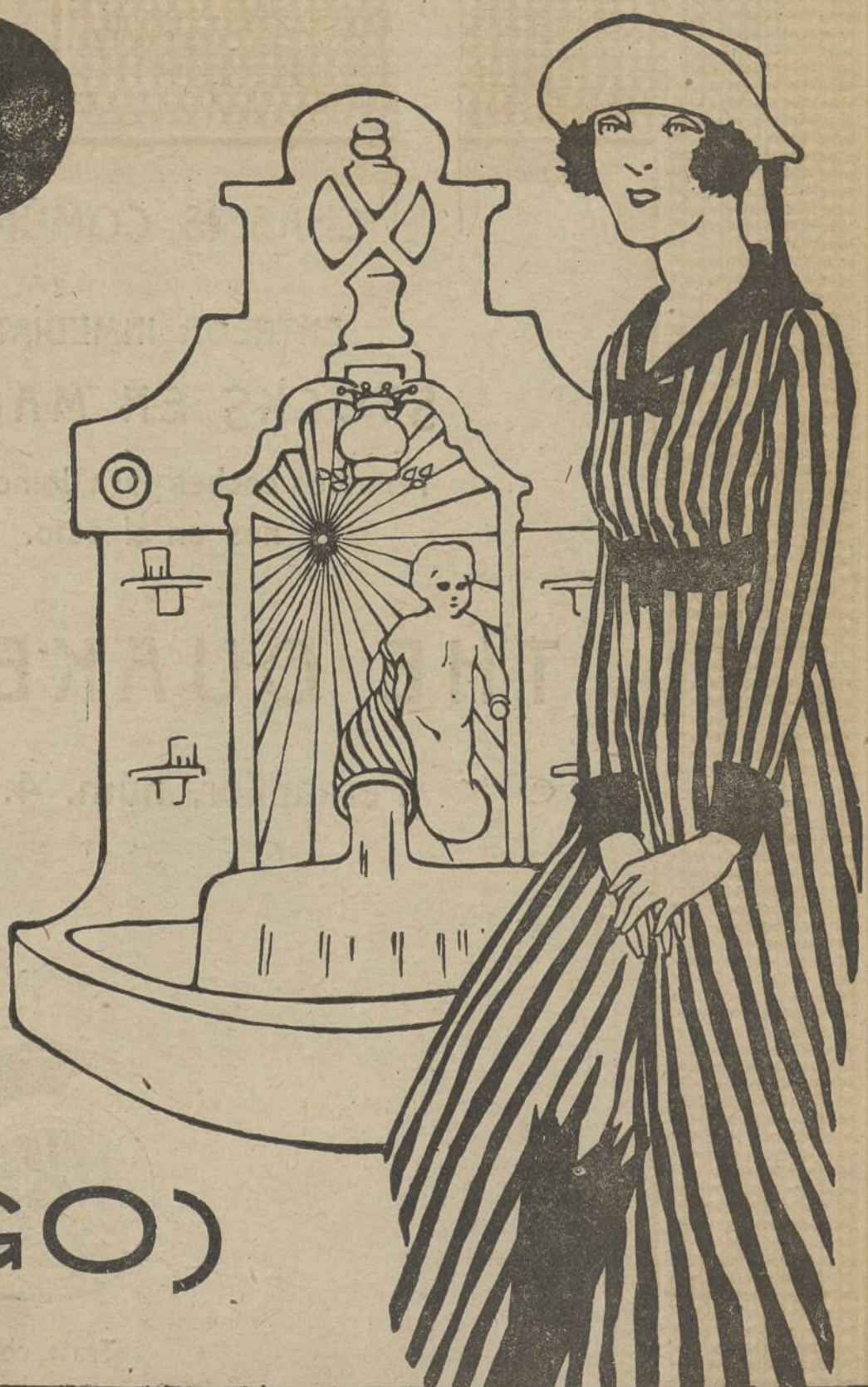


AGUAS DEL INCIO

análogas a las tan célebres de Spa, Bagnères de Bigorre, Pyrmont, etc.

Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

Bóveda (LUGO)



Ford

EL AUTO UNIVERSAL

DE LA

Ford Motor Company

DE CADIZ

VOITURETTE de dos pasajeros.

DOBLE FAETON de cinco pasajeros.

CHASSIS COMÚN Y DE CAMIÓN de una tonelada.

ENTREGA INMEDIATA

STOCKS EN MADRID

Tenemos coches para demostraciones en el acto.

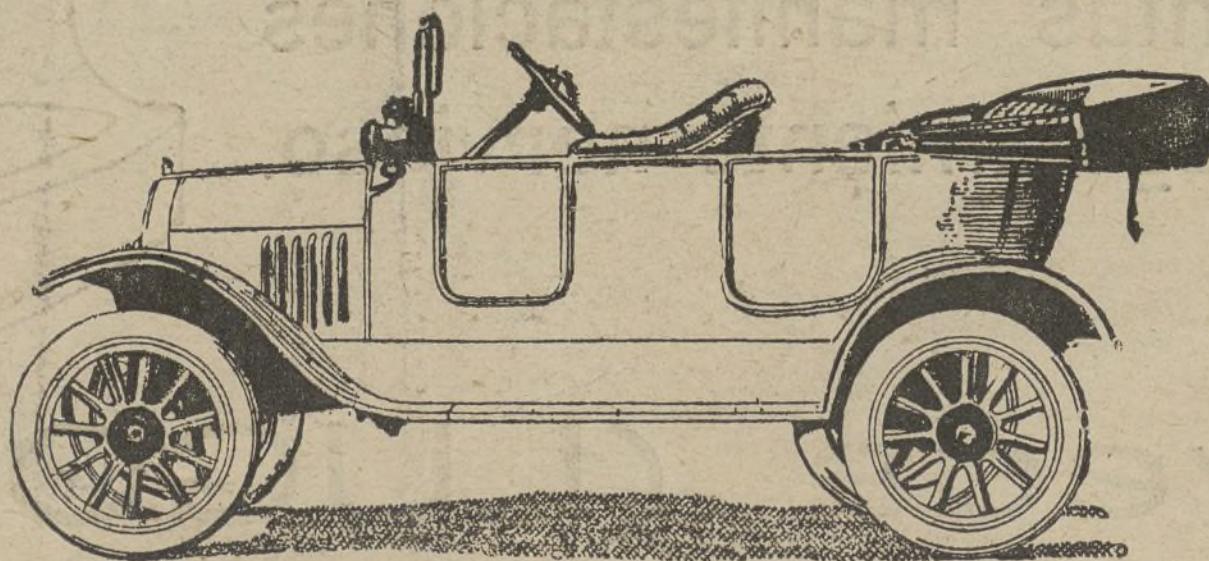
AGENZES EXCLUSIVOS

PARA

Madrid, Toledo, Avila,
Segovia y Guadalajara.

THE QUAKER CITY CORPORATION

Fernanflor, núm. 4. MADRID Teléfono M. 30-50



Trate con insistencia de adquirir partes legítimas FORD.